

De lo que queda en cada etapa de la vida Luis Armando Aguilar Sahagún

Cada etapa de la vida tiene su propia fuerza y su propia debilidad. La infancia es, por excelencia, la edad del pleno ser, de la fresca configuración de la persona, con la capacidad de vivir en el presente como difícilmente es posible volverlo a hacer en otra edad. Es la edad del crecer en total dependencia. Y en su insuficiencia, los niños nos enseñan a vivir esperándolo todo de la buena voluntad de los demás, comenzando, desde luego, desde los padres. El tiempo del niño es el presente pleno, que se demuestra en la capacidad de jugar sin fin y de crear casi ilimitadamente... “Cada niño que nace es la promesa de que Dios aún sigue creyendo en el hombre”, decía el gran poeta Tagore. Esa es sin duda su mayor fuerza.

La juventud es la edad del vigor y de los grandes proyectos. La infancia ha quedado atrás y así se le quiere. Es la época del esplendor, descubrimiento de la amistad y del amor. El dolor se conoce, quizá, con más virulencia que en la infancia, por ser más consciente. Superada la dura crisis de la adolescencia –estado intermedio entre ser y no ser, crecer o no crecer, querer ser alguien en particular para los demás y para sí mismo- la juventud es francamente afirmativa. Tiene la fuerza del conquistador y la debilidad de ser fácilmente sometida a sus propias pasiones. En realidad o en sueños, la belleza la acompaña, y se convierte, junto con el placer y la amabilidad del mundo, en el horizonte en el que se proyectan las actividades, las compañías, las metas. También pasa, y su pasar suele ser de los más dolorosos. Despierta una nostalgia que estimula al adulto a aprovechar mejor su tiempo, y alimenta la memoria de los viejos. Es el tiempo en que el amor se convierte en el tema central, hasta el final de los días.

En la conocida película *Romeo y Julieta*, en la que Franco Zeffirelli ofrece una magnífica puesta en escena de la tragedia de Shakespeare, un joven trovador canta, en la escena de la fiesta en que ambos protagonistas se conocen, una bella canción de Nino Rota:

*¿Qué es un joven?
El fuego impetuoso
¿Qué es una solterona?
El hielo y el deseo
Nos lo advierte el mundo.*

*Una rosa florecerá,
luego, se desvanecerá.
Lo mismo sucede con un joven;
lo mismo sucede con la más hermosa doncella.*

*Llega un momento en que una dulce sonrisa
tiene su temporada por un tiempo
entonces el amor es el amor conmigo.*

*Algunos pueden pensar sólo para casarse
Otros se burlan y pueden quedarse.
La mía es la mejor estación,
Cupido nos gobierna a todos.*

*¡Da el salto, cántame la canción!
Pronto vendrá la muerte a imponernos su largo silencio.*

*Más que la miel y amargo como la hiel
el amor es una tarea, y nunca cansará.
Más que la miel y amargo como la hiel
Cupido nos gobierna a todos.*

*Una rosa florece, luego se desvanece.
Lo mismo sucede con un joven
Lo mismo sucede con la más hermosa doncella.*

El texto recuerda al libro del Qohélet, que invita a celebrar la vida antes de que se llegue el momento en que se diga: “nada me gusta”.

Hasta cierto punto una juventud reflexiva parece un contrasentido. Aristóteles pensaba, por eso, que no es una edad propicia para filosofar, y propone, en cambio, al adulto como modelo en el que se han de encarnar las virtudes y en que será posible involucrarse en la vida pública.

La edad adulta es el tiempo de la seriedad. Responsabilidad, compromiso y estabilidad suelen ser las características del hombre maduro. Cuando la juventud queda atrás y se asume que son años que ya no volverán, se impone enfrentar la vida como tarea cuyo logro está en las propias manos. Se han cerrado caminos, se han aprovechado algunas oportunidades, otras se habrán perdido. ¿Qué quedará? La obra realizada. La experiencia del tiempo es más oscilante. Si la juventud tiende a vivir en un “presentismo”, o en un futuro de los grandes proyectos, la edad adulta mira hacia atrás y hacia adelante desde el hoy de los deberes asumidos. Se reconocen nuevos límites. Su fuerza es la seriedad, la voluntad de una vida ética, que se expresa, las más de las veces, en la opción por una vida matrimonial (Kierkegaard).

¿Qué queda? Lograr la obra entre manos, sacar adelante las tareas, alcanzar acumular, tal vez, los bienes que se habrán de heredar a los descendientes, mantener unida a la familia, etc. El adulto busca la trascendencia de los hijos, como don máximo. Proyección de sueños no alcanzados y necesidad de aprender a respetar al fruto de las entrañas en su alteridad, dejarlo ser. Se comienza a economizar esfuerzos, a ser más cuidadoso en las labores. Es una edad de cálculos. La vejez comienza a avizorarse como de reojo, y el hombre comienza a asumirla como estado al que, inevitablemente, con suerte, habrá de llegar. Por lo mismo, se prepara. El futuro incluye así el asegurar el modo de terminar los días. El adulto es previsor por necesidad. Mirar al pasado tiene su nostalgia, y puede generar deseos de “repetir” las

aventuras juveniles. El presente suele tener el peso de lo que aporta una acción en un sentido o en otro, en función de lo que pueda asegurar el éxito.

Cuando llega la vejez parece que no se está preparado. El presente puede estar lleno de lamentos o ser fuente del gozo asociado al recuerdo. Puede ser que la disminución de las fuerzas se vaya constatando física y mentalmente. Se comienza a sentir distancia respecto de las generaciones más jóvenes. El mundo se vuelve más complejo y, de pronto, la experiencia de la impotencia se apodera, en menor o mayor medida, del anciano. Se echa mano de nuevos recursos de poder, y se aprende a amar más a quienes le brindan atenciones o le dispensan su tiempo. El tiempo vivido va quedando más sólidamente sedimentado. El futuro no tiene rostro, a no ser, para el creyente... Es el tiempo para ajustar cuentas con la vida, para reconocer fallas y fracasos, para valorar lo que realmente vale la pena, para pedir perdón. Es tiempo para una nueva necesidad de adaptación. Se siente con más fuerza que “los tiempos cambian” o que “nada es para siempre”. ¿Qué queda entonces?

Se valora el silencio y la compañía. Resaltan los detalles de las cosas, se ponderan más los gestos. “Cuando uno llega a los ochenta –decía el filósofo Martín Heidegger a un amigo nonagenario- lo festivo de las fiestas es el silencio”.

De todo queda mucho o poco. Se impone la tarea de una nueva versión de la vida y de las cosas. De mirar de frente lo inevitable, con aplomo o con temor. De la indecible belleza del candor de la infancia; del vigor y del brillo de la juventud; de lo emprendido y logrado en la edad adulta; de la responsabilidad asumida o eludida; del trabajo, del éxito, de todo lo sufrido, de los amores, del amor...

*Más que la miel y amargo como la hiel
el amor es una tarea, y nunca cansará.*

No es el tiempo de la avaricia, sino del desprendimiento; del deseo de compartirlo todo, hasta el último suspiro, tal vez. Todas las edades traen consigo esa tarea, y la cumplimos de distinta forma, mejor o peor. Juan de la Cruz lo dice de manera concisa: “A la tarde te examinarán en el amor”.